

# Mentiras a medias y verdades piadosas: mito(s) y manías en la enseñanza de las teorías de la comunicación

**José Guadalupe Figueroa Soria**

*Docente - Investigador de la Unidad Inter y Multidisciplinaria de Investigación (UNIMICUI) de la Universidad de Ixtlahuaca CUI, México.  
figueroasoria@yahoo.com.mx*

## RESUMEN

*Este artículo busca ser un detonante provocador para la reflexión y posterior discusión en torno al papel que como docentes de las teorías de la comunicación estamos asumiendo al momento de enseñar en las licenciaturas propias de nuestra disciplina; pensar si es que somos creadores de mitos, adoradores de los dioses de la comunicación, o sencillamente sea que como profesores ya contamos con una serie de manías que nos llevan a reproducir posturas mitomaniacas enraizadas quizá desde de nuestras épocas mismas de estudiantes, en torno a lo que significan las posturas teóricas del campo comunicacional. Pero más allá de ser un mero recuento de nuestras a menudo frustrantes travesías y andanzas por los salones de clase, es la provocación encaminada a asumir una posición de reto crítico con el que podamos aprovechar los verdaderos potenciales explicativos que tiene nuestra disciplina, y entonces sí, vaciarlos en la formación realmente profesional de los estudiantes, para alcanzar una formación comprometida con las múltiples realidades que nos interpelan cotidianamente.*

**Palabras clave:** *Teorías de Comunicación, Mitomanías, Enseñanza.*

## Half lies and merciful truths: myth(s) manias in teaching communication theories

## ABSTRACT

*This article seeks to be a trigger for reflection and provocative discussion of the subsequent role as teachers of communication theories are assuming when teaching in the undergraduate own our discipline if we are thinking mythmakers, worshipers of the gods of communication, or simply as teachers that we already have a number of hobbies that take us to play "mitomaniacas" rooted stances of our times perhaps from students themselves, about the meaning of the communication field theoretical positions. But beyond being a mere count our often frustrating trips and adventures in the classroom, is the provocation aimed to take a challenging of critical position with which we can harness the true potential explanatory having our discipline, and then if emptying in training students really professional, committed to training the multiple realities that challenge us daily.*

**Key words:** *Communication Theories, Mythomanias, Teaching.*

## Introducción

La comunicación no es en estricto sentido ni una ciencia, ni una disciplina: más bien es una in-disciplina si es que así queremos entenderla dada su constante definición y redefinición del objeto de estudio propio, y dado que también desde su nacimiento ha venido siendo un híbrido epistemológico-teórico y conceptual. Como indisciplina, sólo podemos rastrear sus huellas. Uno de esos rastros se puede encontrar en la teoría matemática y en la función “bisagra” que cumplió al transferir modelos científicos entre áreas supuestamente alejadas y divorciadas, una clave conceptual carente de libertades, demasiado mecánica y hasta previsible. Los movimientos, lo imprevisible y el crecimiento desmesurado de las informaciones que circulan, se han intentado cuantificar para controlarse. Pero desde que los investigadores de la escuela de Palo Alto llevaron a la comunicación al terreno de las ciencias humanas, ésta dejó de tener demostración científica. La teorías contemporáneas han puesto las cosas en su sitio (o en su no-sitio) al revalorizar que la comunicación no legitima ningún proyecto epistemológico, sino que más bien su des-territorialización le permite escaparse de los ámbitos cerrados propios de las epistemologías positivistas. Por ello, es necesario cuestionar a la Comunicación en el entorno de la supuesta “superación de la epistemología”, una superación que afanosamente buscamos alcanzar en y desde las academias, en y desde los espacios académicos, en y desde la enseñanza.

De esa forma, es conveniente y necesario realizar un recorrido genealógico que permita ubicar a los estudios en comunicación en el contexto de las Ciencias Humanas y de la Modernidad. Ellas claramente se refieren a un Hombre, como sujeto y objeto de estudios, que pone en crisis la representación al separar las palabras de las cosas (una ironía foucaultiana). Es en este contexto que surge la comunicación y cuando comienza a ser problematizada, aunque todavía en el contexto más amplio de otras disciplinas. El lenguaje, pieza clave de la comunicación humana, es la última parte del engranaje al que faltaba referirse.

Pero la comunicación, potenciada por la nihilista visualidad de las técnicas de la comunicación y de la información, al igual que Dios, el Hombre, la representación y la variante de ambos, el autor, está en crisis por exceso. Extasiada por el simulacro mediático, angustiada ante la emancipación del otro, muere por exceso de transparencia, por opacarse la copia que busca alguna referencia y donde anclarse. Pero contemporáneamente, más allá de los elementos comunes que se puedan encontrar, es la comunicación la que muere por ese éxtasis, ya que ese devenir otro no posee anclajes de referencias fijos, y por lo tanto lo que se enseña en las escuelas de comunicación, en las asignaturas de teorías de comunicación, está igualmente muriendo al no encontrar anclajes seguros de donde asirse.

En tiempos de capitalismo, de las máquinas de comunicación y de información,

se presenta la crisis de las epistemologías dada la multiplicación de relatos amplificados por esas mismas máquinas que producen la paradoja del sentido sin referencia de significación. De ahí que sea que nociones como “violencia simbólica” de los medios de comunicación se vuelven inapropiadas, por carecer de perspectiva al estar amparadas todavía por la representación, y que no permiten analizar con la suficiente densidad la influencia de lo in-mediático en la sociedad, mientras que las “informáticas de dominación” (Haraway, 1991) y las “sociedades de control” (Deleuze, 1996) son conceptos que se acercan mucho más a ese éxtasis mediático, a esas redes inmateriales, flexibles y mutantes. El panóptico, el objeto (información) y el sujeto (comunicación), ahora han desaparecido de la escena, para referirse contemporáneamente al panóptico lumínico, muro de luz sin zonas de sombras que “libera” al preso pero para encadenarlo al ilimitado control de la visibilidad.

La velocidad al activar el intervalo de la luz, en aquel estadio tradicional tiempo-espacio replantea la noción temporal, abriéndose a una novedosa dimensión cronoscópica –y ya no cronológica– que permite controlar y supervisar los efectos. En ese éxtasis, el sujeto (comunicación) pierde toda huella del objeto (información). Más que de subjetividades caracterizadas por identidades habría que referirse a intensidades virtuales, redes de conexiones, password para conectarse y desconectarse a esas redes. De ahí que las subjetividades se compongan por máquinas productivas tecnológicas, significantes y asignificantes.

En el éxtasis ya sin sujeto ni objeto, se vuelve imprescindible re-discutir los marcos teóricos y epistemológicos que permitirán diseñar los posibles caminos por los que debería transitar la comunicación como creación. Así, en tiempos de crisis y derrumbes teóricos, debemos pensar desde la no-ciencia, desde la no-disciplina, desde el (in)disciplinamiento que habilita la no-disciplina de la comunicación, y así, la enseñanza de todo esto debe partir del hecho de evitar los mitos, las manías y las mitomanías que como docentes de teorías todavía cargamos, inventamos, fortalecemos, reproducimos.

El nomadismo de creaciones comunicativas es parte de esa dispersión, del movimiento constante que la activa en y de las multitudes, que busca pensamientos-otros y no negocia con pensamientos puros o identitarios, subjetivaciones producidas en la encrucijada del entre-lugar y el entre-tiempo. En este ámbito, es necesario estudiar la comunicación desde un proceso de mixturas, capaz de descabezar a los círculos cerrados y que habilite los espacios intermedios, entidades clandestinas que se relacionan con el rizoma y la transversalidad que abre puertas pero sin cerrarlas, que conduce a las encrucijadas y no a los caminos de y en una única dirección, aquellos caminos de fe que nos han explicado tantas cosas.

## **Para abrir la boca: a propósito de los mitos, las manías y las mitomanías**

### **1. Los mitos**

De modo común, es bien sabido que tanto la necesidad del conocimiento como el de

la curiosidad, son características innatas de la condición humana. Los seres humanos siempre hemos sentido dicha necesidad de dar y obtener respuesta ante las preguntas acerca del origen, del destino, del presente, y el de nuestro devenir histórico por supuesto. Si partimos del hecho de considerar a un mito como aquel relato de una creación que narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado y ha llegado a ser; y si además pensamos que el mito se convierte en ese lazo vinculante que une a los creadores con sus creaciones, o que son las consecuencias directas de sus actos; estaremos de acuerdo entonces en que el mito expresa una realidad más original y con mucho mayor sentido que el que ordinariamente tiene la vida cotidiana.

Y es precisamente desde ahí mismo que se produce el significado de los mitos, que ya vistos como el fundamento de la actividad del hombre, se convierten en parte de su propia realidad porque él mismo, el mito, es producto de la decisión y de las acciones asumidas por parte del ser humano; de tal suerte que el mito, el conocimiento del origen, del destino, del presente, no se reduce ni traduce necesariamente a conceptos, sino que sobre todo se enmarca en las realidades vividas y puestas a circular dentro de un campo y un tiempo definidos con precisión, eso que cada uno de nosotros definimos como nuestro tiempo.

... si entendemos como mito (a) aquellas narraciones santificadas y sublimadas, que expresan sintéticamente valores culturales fundamentales entre personas de una cul-

tura concreta, debemos afirmar que todas las sociedades pasadas, presentes y futuras poseen mitos. Tales relatos pueden provenir de ficciones derivadas del imaginario cultural, que expresan una definición de la realidad que establece a su vez un marco de actuación concreto, válido para cada grupo humano. También el mito puede tener sus raíces en hechos históricamente constatables cuyos significados se van transformando, ya que la cultura reinterpreta constantemente el contenido del mismo en función de los cambios del propio contexto. De este modo, cada generación escribe su propia historia revisionista y recrea a su manera los mitos heredados, a la vez que construyen otros nuevos cuando cambian las propias definiciones de situación (Cuesta, 2003, p.10).

Si coincidimos con esto, y dada la imperiosa necesidad de generar el conocimiento acerca de la comunicación, de lo comunicativo; se tiene la obligación inaplazable de configurar su campo disciplinario, académico, y de contar con modelos explicativos más o menos abarcadores que den cuenta de la realidad narrada, aquellos que ya se han ido convirtiendo hasta en modelos comunicacionales aceptados y plenamente difundidos, valga aquí la ironía. Todo esto nos ha hecho caer en la cuenta de la urgencia de crear constantemente una especie de mitos teóricos que busquen dar cuenta del origen de la cientificidad de la comunicación, de cómo es que ha llegado a ser tal el campo disciplinario, de explicar cómo se ha convertido en una realidad vivida en los espacios académicos, ello al menos a lo largo del último siglo que

ha recorrido, tramo de tiempo en el cual la sociedad, lo social, comenzó a mostrar claros síntomas de incomunicación, o de mala o nula comunicación, por tan solo darle algún calificativo momentáneo y somero, lo que produjo a su vez y sigue produciendo (produciéndonos), algún tipo de preocupación reflexiva al respecto, es decir, reescribimos la comunicología recreando los mitos teóricos heredados.

Ha sido así como se crearon las teorías de la comunicación, esas narraciones que nos dicen cómo es que se ponen de manifiesto las formas de comunicación en lo cotidiano. E igualmente, vemos cómo la creación de ese mito comunicacional sí se ha ido consolidando como un lazo casi insoluble con sus propios creadores, a tal grado que la comunicación se ha escenificado como una realidad mucho más original de lo que tal vez pueda ser en la realidad misma de la vida cotidiana, en la vivencia de lo cotidiano, en fin y de manera genérica, en la vida diaria. Podemos parafrasear aquí a Néstor García Canclini cuando afirma que, el estudiar la comunicación, requiere de convertirse en un especialista de las intersecciones, en la posibilidad de dar cuenta de la fructífera asociación entre procesos y conceptos de otras disciplinas sociales y de los conceptos comunicacionales, en el afán de irle dando forma a nuestro campo disciplinario.

Si compartimos del hecho de que los mitos son narraciones o relatos que cuentan cómo en los tiempos del origen remoto, y gracias a la acción de los seres sobrenaturales (dioses), una realidad (total o parcial, grande o

pequeña) ha sido posible de tener existencia, entonces también compartiremos que el mito revela la actividad creadora, y revela además la sacralidad de esta actividad creadora; es decir, que los mitos describen las diversas y dramáticas irrupciones de lo trascendental en el campo de lo natural y en el campo de lo social.

El mito nos dice que tal irrupción de lo trascendental sea lo que fundamente al mundo, al hombre y a la cultura, y por tanto al campo disciplinario de un área del saber, como lo es nuestro campo disciplinario de la comunicación. Relata una creación; cuenta cómo algo ha podido llegar a la existencia o cómo un comportamiento, una institución, una manera de trabajar se ha fundado, y por eso los mitos terminan siendo paradigmas de los actos humanos significativos; tal y como lo es la comunicación, un conjunto de conocimientos que producen significado y significación a los actos humanos, un productor de sentidos, en fin, esos paradigmas de los actos comunicativos.

Este conocimiento no se percibe como un exterior abstracto acerca de las cosas, sino ante todo como un interior concreto; por esto es que el mito se vive como un ritual al narrarlo ceremonialmente, al narrarlo dentro del protocolo de los salones de clase, de los manuales, de los libros. Vivir el mito no es una experiencia cotidiana, sino que significa una experiencia de religare (un volverse a ligar con la deidad). En el ritual mítico se deja de existir en el mundo del todos los días y se penetra en un mundo

trasfigurado, auroral, impregnado por la presencia de aquellos seres sobrenaturales. Las ceremonias míticas no son una rememoración, sino más bien una constante reiteración.

El rito permite que el participante en su experiencia asista de nuevo al espectáculo de las obras divinas, es decir, que en las materias de teorías de la comunicación se reitere constantemente ese principio del religare, al grado mismo de alcanzar el éxtasis al ser poseído por alguno de los autores fundantes de nuestro campo disciplinario. El mito responde así a una profunda necesidad de sentido; convoca a aspiraciones morales, a coacciones y a imperativos de orden social, e incluso a exigencias prácticas. Además, los mitos funcionan como elementos aglutinadores, dotando de unidad a un pueblo, homogeneizando rituales, conductas, actitudes. Son la base que dota de identidad a una comunidad de personas, a la comunidad de los comunicólogos, de los docentes de y para las teorías de esta disciplina.

## 2. Las manías

Un síndrome no es sino un conjunto de síntomas ... (la comunicación) puede contemplarse a través de una suma de manifestaciones, indicios, o señales que presenta una sintomatología o un 'cuadro clínico' que nos remite a un síndrome, en nuestro caso el de la reacionalización como elemento común, un proceso cuyo avance puede observarse en el campo de la política, la justicia, en la economía, en la

producción, en la organización, en las creencias, en las costumbres, en la concepción del sujeto, en las relaciones sociales, en la producción artística, en la producción del conocimiento (Cuesta, 2003, p. 17).

Por su parte, una manía tiende a describir dos condiciones muy distintas del hombre; una, se refiere a aquella especie de locura caracterizada por delirio general, agitación y tendencia al furor; otra, analizada como una extravagancia o preocupación caprichosa por un tema o cosa determinada, como la preocupación caprichosa por el campo disciplinario de la comunicación. Está claro que, llevados al extremo, ambos problemas pueden ocasionar deterioro en la convivencia de una persona e interferir en la realización plena de sus actividades cotidianas; los especialistas en salud mental definen a estas actitudes como rituales, y sugieren que son característicos de personas que padecen un trastorno obsesivo-compulsivo, es decir, aquel trastorno en que el paciente (por no querer decir docente), experimenta estados de ansiedad o nerviosismo que a su vez desencadenan pensamientos, sentimientos, sensaciones e ideas recurrentes (las obsesiones por la enseñanza de las teorías), además de aquellos otros comportamientos que deben efectuarse sin que exista una razón aparente ni justificada por llevar a cabo (aquellas compulsiones porque nuestra contraparte, nuestros estudiantes, aprendan).

En estos casos es común que se experimente un alto grado de rigidez en la estructura de la personalidad, misma que atormenta al

paciente (al docente), incluso al grado en que dificultan sus relaciones sociales, ya que la ruptura del orden que desea mantener le genera demasiada incertidumbre, mucha tensión interna, y a veces enojo al extremo (reflejado principalmente con los alumnos y en las dinámicas instrumentadas al interior de los salones de clase, para llevar a cabo las dinámicas propias de las materias teóricas).

Algunas de las manías o rituales más recurrentes (y las manías más ritualizadas por los docentes de las materias teóricas de la comunicación) son:

- Tendencia a colocar los objetos de manera simétrica y alineada (generando mapas mentales, recorridos teóricos, y marcos conceptuales tan esquemáticamente bien presentados que resultan ser y estar escrupulosamente ordenados, aunque no necesariamente sea que éstos resulten entendibles, claro está).
- Dedicación excesiva al trabajo y a la productividad, con lo que se excluyen las actividades de ocio y las amistades (se exigen ensayos excesivamente perfectos, sustentados y escritos con la rigurosidad máxima de la coherencia interna que trae consigo la abstracción intelectual).
- Hacer recuentos una y otra vez, derivado de la necesidad de numerar y clasificar (plantear categorías de análisis, variables, indicadores e índices de medición perfectos que son repetidos hasta el

cansancio, sin que ello signifique un verdadero análisis, ni tal vez su comprensión total o plena).

- Rigidez extrema con la puntualidad, la propia y la ajena (principalmente de los alumnos cuando de exposiciones de clase se trata, por ejemplo).
- Protegerse por temor de las corrientes de aire, los contagios, y todo lo que se perciba como un peligro (protección de las corrientes teóricas alternativas, las otras, y de los contagios de epistemologías diferentes, del peligro de novedosas interpretaciones e innovadores criterios de análisis).
- Necesidad de lavarse continuamente las manos o la boca (lo que podríamos llamar la asepsia metódica y metodológica).
- Temor a tocar cosas que hayan entrado en contacto con otras personas o a saludar de mano (el temor a relacionarse con los estudiantes y profesionales de otras disciplinas por ejemplo, o con aquellos que catequizan con distintas visiones y adivinaciones teóricas).
- Miedo exagerado a contaminarse con productos alimenticios y sus componentes (no tragar ni mucho menos degustar ni deglutir los productos de otros pensadores, cuidarse exageradamente del colesterol académico por ejemplo).
- Incapacidad para deshacerse de objetos gastados o inútiles, incluso cuando no

tienen ningún valor sentimental o lo ha dejado de tener (no deshacerse de apuntes pasados, de esquemas rebasados, de los recurrentes trucos de clase, ni de los afiches ni gadget que todo buen docente de la comunicación que se precie de serlo, posee y atesora, aunque ya no tengan ni ese valor sentimental que suele atribuírseles).

Es posible implementar un tratamiento sanatorio ante esto, el que se dirija a exponer al paciente (docente) en forma repetitiva a toda situación que desencadena la tensión emocional, de modo que aprenda a resistir la urgencia de llevar a cabo sus manías o rituales (por ejemplo la repetición de cursos de teorías de la comunicación en donde se garantiza el cumplimiento de dichas manías ritualizadas). Además, es posible enseñar a frenar pensamientos indeseados y centrar su atención en el alivio de nerviosismo e inquietud, a partir de la creación de cuerpos de investigación y de cuerpos docentes desde los que sean consensuados en común los objetivos de la enseñanza de la comunicación, por supuesto siempre de acuerdo con sus sabias miradas y creencias, aquellas que muy en lo profundo sí vale la pena tener en cuenta.

### 3. Las mitomanías

Finalmente, hablemos de las mitomanías; eso que la psiquiatría definió como el hábito de mentir constantemente. Se trata de una tendencia del carácter de la persona –niño o adulto, o docente- a mentir, a crear, recrear y creer en fábulas inventadas, o asumir una

actitud de simulación a partir de ellas. El mitómano encuentra que todos los medios son buenos para tergiversar la realidad: las mentiras, las fábulas y sus fabulaciones, y hasta la simulación como ya se dijo. Puede clasificarse en dos: la mitomanía vanidosa y la mitomanía perversa.

La vanidosa está caracterizada básicamente por fanfarronadas: proezas atléticas, actos de adoración, éxitos amorosos, actos heroicos, fortunas hábilmente ganadas, etcétera; actos como suelen ser los grados académicos obtenidos y la participación en congresos, y las publicaciones de alto reconocimiento quizá; por su parte, la mitomanía perversa es aquella que se caracteriza por una agresividad marcada y por la necesidad de dañar al otro. Toma formas diversas: difamación, denuncias, falsas acusaciones, falsos atentados, cartas anónimas, la denostación de otras tendencias teóricas, de su pertinencia y de su validez. Es conveniente hacer notar que son mucho más peligrosos los mitómanos cuando son buenos actores (buenos profesores), y más aun cuando son capaces de convencer fácilmente a quienes los escuchan (sus estudiantes).

Lo que busca una persona mitómana es siempre obtener algún provecho, y las invenciones son trucos realizados con un fin específico. El mitómano es en general un individuo inestable, sugestionable y particularmente teatral. Aunque al comienzo la simulación o la mentira son un hecho consciente, luego se verá a sí mismo como parte de su juego. Dicho en palabras

coloquiales, acaba creyéndose sus propias mentiras. Sin embargo, la caída en su propia falsedad es una convicción frágil y por lo tanto siempre reversible (por ejemplo cuando ponemos a prueba en la realidad circundante todos aquellos principios teóricos que alguna vez nos enseñaron y que supuestamente aprendimos, aunque tal vez no hemos acabado de aprehender, y los ponderamos en su justa dimensión).

Por último, tenemos que aceptar que son muchas las veces en que faltar a la verdad es un recurso válido. Pero existe un límite, y respetándolo todos podemos lograr el equilibrio, viviendo entonces mucho más de cerca de la sinceridad que de la mentira, algo al que debemos aspirar en la docencia actual, cumplir con el hecho de dejar de decir mentiras a medias y verdades piadosas en lo que a la enseñanza de las teorías de la comunicación se refiere.

### **Las materias y asignaturas (de teorías de la comunicación) ni se crean ni se destruyen, sino que ahora solo se flexibilizan**

Resulta bastante frecuente encontrarnos con el hecho de que al confrontar definiciones o nociones acerca de lo que representa para algunos la comunicación como experiencia, y para otros como práctica profesional, nos demos cuenta inmediatamente de las dicotomías y hasta de las contradicciones bastante significativas y palpables puestas ahí de manifiesto. Comunicarse por tanto, en el sentido más pragmático del término suele significar vincularse, poner en co-

mún, compartir, intercambiar. Por su parte, la comunicación asumida como trabajo específico o relacionado con alguna otra tarea de tipo cultural, suele transformarse automáticamente en producción de mensajes, manejo de instrumentos o canales, estrategias informativas.

Todo esto tiene que ver con las dualidades que enmarañan constantemente a cualquier profesión, o bien dedicarse a lo reflexivo o bien dedicarse a lo que ya involucra directamente la profesionalización. Lo anterior obviamente no es casual. Ni tampoco se trata de una suerte de esquizofrenia individual (la esquizofrenia cognitiva) a la que nos debemos enfrentar.

Vivida como experiencia cotidiana, la comunicación representa el espacio desde donde cada quien pone en juego su posibilidad de construirse con otros, producto de su carácter interrelacional; pero cuando ya es transformada en una práctica social, predominan en ésta los rasgos con que dominante e históricamente esta actividad fue pensada, y todavía más desde que ella por su misma y creciente naturaleza pública, comenzó a constituir una esfera de preocupación para analistas de diversos orígenes intelectuales, y en una esfera de interés para quienes invirtieron tiempo y dinero en ella con el objeto de extraer beneficios materiales, ideológicos, políticos, etcétera. Es decir, desde el momento en que con la aparición y el desarrollo de las tecnologías de naturaleza electrónica la sociedad asumió la modalidad de comunicación masiva, reiterando, cuando

la problemática comunicativa se volvió un objeto de estudio, cuando aquello esencialmente humano se perdió ante el empuje de la sociedad de masas, la sociedad masificada de los siglos XIX y XX, de la sociedad moderna, industrial, en fin, cuando comenzó a gestarse la necesidad de la existencia de los comunicólogos en el sentido ya profesionalizante, retomando aquí aquello del sentido del mito, del vínculo necesario con el dios social que nos da sentido y significación, aquella función constante del religare con la deidad.

Frecuentemente la comunicación es definida, caracterizada y reflexionada, como un proceso de transmisión de significados que se realiza desde un emisor a un receptor utilizando algún tipo de canal. En esas caracterizaciones está presente el modelo teórico explicativo originado a partir de las proposiciones formuladas a fines de la década de los años 40 en los Estados Unidos por Shannon y Weaver; se trató de la teoría matemática de la información utilizada para garantizar, principalmente en el campo de la ingeniería de las telecomunicaciones, la mayor velocidad en la transmisión de mensajes sin perder información, y disminuyendo las mayores distorsiones posibles en la transmisión de los mensajes. "Se trata de un modelo eminentemente mecanicista, dado que su enfoque inicial se enmarca en las telecomunicaciones y en la búsqueda de una fórmula matemática para calcular y disminuir los niveles de ruido en la comunicación" (Sánchez, [http://comunicacionycultura.espacioblog.com/categoria/teorias-y-](http://comunicacionycultura.espacioblog.com/categoria/teorias-y-modelos-comunicacion/2)

[modelos-comunicacion/2](http://comunicacionycultura.espacioblog.com/categoria/teorias-y-modelos-comunicacion/2) y recuperado en octubre de 2012).

Entre aquél esquema inicial proveniente de la teoría de la información, el que fue rápidamente adoptado por los primeros teóricos norteamericanos de la comunicación de masas, y las posteriores e incluso demasiado actuales construcciones conceptuales de corte transmisor o informacional, existieron una serie de reformulaciones y enriquecimientos importantes que no pueden ignorarse de un solo plumazo. Así por ejemplo, y visto desde el terreno de la lingüística estructural, Román Jakobson le dio una dimensión comunicativa al modelo matemático al incorporar en él las nociones de contexto en que se produce la transmisión, y al diferenciar con claridad las funciones determinantes que puede cumplir el lenguaje, por tan solo mencionar un mínimo aspecto de su propuesta (Wolf, 1985).

Por su parte, los teóricos funcionalistas irían produciendo avances sobre ese modelo al considerar el papel fundamental que juegan los grupos de pertenencia de los individuos en las operaciones de interpretación de los mensajes, y particularmente sobre sus efectos. Finalmente, los representantes de la teoría crítica introdujeron nociones tales como la de ideología y manipulación que, al operar como recursos explicativos de los macroprocesos de comunicación, permitieron abordar y develar la función social y política de los emisores y la de los productos comunicativos en sí mismos, sin olvidar la parte ideológica ahí puesta de manifiesto.

Las anteriores son simples referencias para indicar que el original modelo matemático-informacional fue convirtiéndose en un modelo comunicativo más complejo, legitimándose así como apto para explicar ya no simplemente sólo la trasmisión de señales entre máquinas, sino además los múltiples procesos de intercambio existente entre los seres humanos. Sin embargo, y pese a todos los enriquecimientos, y pese también a todos los nuevos ingredientes psicológicos, lingüísticos y sociológicos que se le añadieron, de entre otros muchos aspectos, no dejó de constituir una matriz cuya linealidad y carácter instrumental puede cuestionarse desde otras variadas perspectivas de comprensión de los hechos comunicativos.

Al respecto, un eje sustancial lo constituye la consideración de las prácticas comunicativas como espacios de interacción entre sujetos, espacios en los que se verifican múltiples procesos de producción de sentido. Los emisores ya no transmiten tan solo unos mensajes significativamente elaborados en virtud de un instrumento neutro, sino que los códigos son recibidos y decodificados más o menos adecuadamente por los receptores en función de su utilización equivalente del mismo instrumento. Asumiendo que un discurso es toda configuración témporo-espacial de sentido por ejemplo, una de las proposiciones claves de la teoría del discurso sería entonces el carácter no lineal de la circulación del sentido. Estas consideraciones sobre el producto de la actividad discursiva (lo comunicativo) tienen una extrema impor-

tancia en cuanto obligan a reconocer que tanto en la esfera de la emisión como en la de la recepción existe tal producción de sentido, y no una mera transferencia de los primeros a los segundos como en algunos enfoques teóricos se ha querido sustentar, aún cuando ella sea desigual, asimétrica, o no simétrica. Los emisores, en unas ciertas circunstancias despliegan un conjunto de competencias que les permiten investir y dotar de sentido a ciertas materias significantes. Los receptores entonces le atribuirán un sentido a lo recibido, y esa atribución, asentándose necesariamente en los posibles sentidos delineados en un discurso dado, se realizará también en virtud de unas determinadas condiciones específicas de recepción, de unas ciertas competencias comunicativas que poseen esos sujetos. Ser receptor en consecuencia, no es ser pasivo, un recipiente o decodificador mecánico, es ser un actor sin cuya actividad el sentido quedaría automáticamente en suspenso.

Lo anterior obliga a formular algunas consideraciones para aclarar la euforia tranquilizante producida, que ha pretendido asirse de ciertas nociones de la teoría del discurso y de las teorías de la recepción para hacer aparecer como inocente el poder. Nos referimos a aquellas posturas que, al reivindicar la actividad de los receptores, la confunden con una total libertad resignificadora, negando a los discursos su capacidad de configuración de un determinado campo de efectos o sentidos posibles. La perspectiva resulta clave para la comprensión de la comunicación como hecho y matriz cultural. Y si bien la importancia de este

hecho se revela más notoriamente en lo que concierne a la comunicación masiva, no resulta intrascendente para pensar globalmente la comunicación, toda vez que lo masivo es hoy, en nuestras sociedades, el modo predominante del funcionamiento cultural, aunque hoy la masividad ya ha adquirido significaciones distintas a las que anteriormente tuvo.

Esta perspectiva permite indagar y percibir por ejemplo, las articulaciones que se producen entre los diversos productos o mensajes que circulan en una sociedad en un momento dado, y también permite plantearse cuestiones tales como la modelación histórica de los gustos y las opiniones; además facilita indagar el sistema de relevo con que operan diversas instancias de producción de mensajes, y la manera en que ellas constituyen la trama discursiva, la trama de sentidos de una sociedad. Pero además, esa perspectiva resulta enriquecedora si se trata de comprender las características que asumen los llamados procesos de comunicación popular o la propia comunicación educativa, si deseamos operar en cualquiera de esos terrenos.

Si asumimos que en el campo de la comunicación nadie recibe mensajes aislados sino conjuntos textuales, en el sentido de que cada mensaje particular remite a otros y se encadena con ellos en un continuo simbólico-cultural, entonces implica aceptar también que los mensajes de carácter alternativo o educativo que las organizaciones populares, educativas y promocionales producen, serán recibidos



de la misma manera, es decir, insertos en ese conjunto cuya lógica global ha sido y está siendo diseñada desde otro lugar, el lugar del poder, mejor dicho, de los múltiples poderes que nos envuelven.

El terreno del discurso social, el terreno de la cultura y la comunicación, son terrenos de modelaje de lo social y, por ende, un terreno de constantes disputas y negociaciones, conflictos y acuerdos del orden del sentido. Reconocer lo que hegemoniza ese campo no impide proponer alternativas, ni emprender el camino del cuestionamiento. Así, A. Giddens asume que la vida social se constituye como un doble proceso de estructuración permanente, y que ese proceso de estructuración se realiza de manera tanto objetiva como subjetivamente: acción social y sentido de la acción, estructura y agencia (Wolf, 1983).

A esta naturaleza dual, le podemos agregar la doble dimensión de los procesos de información y de comunicación. Desde la perspectiva del mundo de la vida es posible afirmar que la(s) realidad(es) social(es) se constituye(n) objetivamente, a la vez que se instituye(n) intersubjetivamente a través de las mediaciones de acción y de sentido.

Opuestas a esta concepción bidimensional de los procesos sociales, contamos con otras propuestas, las de Luhmann por ejemplo, aquellas que se refieren abiertamente a la constitución comunicacional de los procesos sociales, pero que adolecen claramente de la dimensión de la (inter) subjetividad. Con esta propuesta no habría

entonces ins-titución sino des-titución del sentido, el que aquí sería reemplazado por los acoplamientos estructurales de las conductas interindividuales. Ni subjetividad ni conciencia, solamente inter-acción, dentro de las lógicas de funcionamiento y organización de un sistema cerrado (Wolf, 1983). En última instancia, nos enfrentamos a la lucha del monismo versus dualismo. En otros términos, podríamos decir que la pugna se da entre un reduccionismo objetivista versus la reconstitución de nuevas formas teóricas y epistemológicas de concepción de los procesos sociales pensados como duales, como acción objetiva de los actores sociales, y también como acciones cargadas de sentido subjetivo.

Esta apropiación personal y social de los medios y los recursos -en especial de las tecnologías de la información y la comunicación-, puede concebirse como una doble apropiación mediatizada, técnica por un lado, y simbólica o de sentido por el otro. Apropiación técnica como dominio de la información y el control sobre las técnicas y los objetos, en otras palabras, sobre el entorno mismo. Y apropiación simbólica como dominio de la expresividad y la comprensión, como formación de la intersubjetividad. La articulación fructífera entre ambas es quizá la que pueda asegurar mejores condiciones para alcanzar un mayor crecimiento de los grados de libertad y de bienestar personal tan anhelados.

A diferencia de la información, la comunicación implica un cierto grado de intencionalidad hecha tanto de manera consciente como

de forma inconsciente, pero generalmente es expresiva de un acto, expresión hecha ya sea en el proceso de construcción de cualquier mensaje, o ya en el proceso de su recepción. La comunicación entonces resulta ser un proceso temporal, una acción inicial generadora de sentido y de valor. Puede contener reflexividad de naturaleza cognitiva, pero sobre todo implica sensibilidad, provocación de reacciones (inter) subjetivas, conductas, gestos y emociones. Se trata de la construcción social de la persona en tanto sujeto y actor social (quién es el que al final de cuentas habla); ya que el reconocimiento social implica obligadamente esa re-presentación del sí mismo en tanto sujeto social, o como miembro de un colectivo social; tal como lo hacen los actores y los jóvenes que dicen que se “producen” a sí mismos cuando salen a la calle, como si la calle fuese un escenario teatral, volviéndose así dichas conductas, en prácticas sociales y de comunicación plenamente reconocibles).

Nuestra flexibilización educativa, derivada del modelo constructivista dominante, no ve todo esto; quizá un tanto miopeamente ve competencias, capacidades, habilidades que se deberán evidenciar en los planos de actuación profesionales, y de pasada demostrar la calidad de la institución en la que hemos sido “adiestrados”. El problema no está ni remotamente ahí, según nuestro objetivo propuesto; más bien se encuentra en el hecho de pensar cómo ahora la enseñanza y aprendizaje de las teorías de la comunicación, a pesar de buscar nuevos mitos, novedosas deidades que nos pongan en el

escenario como docentes actualizados, sigue siendo un problema viejo, un problema del religare con el que no acabamos de aceptar de todas las nuevas tendencias, las novedosas explicaciones, los mitos fundantes de una nueva era, sin entrar en el debate de si esas propuestas teóricas son o no pertinentes para explicar estas realidades tan complejas.

La enseñanza y los contenidos parecen estar yendo en direcciones opuestas, porque mientras nos volvemos asépticos de lo teórico aparentando constante actualización, reproducimos lo tradicional; por eso es que los que enseñamos las teorías de la comunicación, debemos y tal vez estemos obligados a incorporarnos a las terapias grupales de superación personal al estilo de la doble AA (es decir, académicos anónimos, a través de cuerpos académicos y cuerpos de investigación desde los que se vayan consolidando otras miradas e innovando los enfoques y su aplicabilidad, una vía de salida, como antes ya se dijo); se trata al final de cuentas de dejar atrás nuestras mitomanías teóricas tan arraigadas.

### **Construcción un tanto mítica y otro tanto maníaca del campo disciplinario de la comunicación**

Las prácticas sociales van a expresarse, entonces, hablando comunicacionalmente de acuerdo con lo desarrollado en el apartado anterior, en tres claras dimensiones (tomado y adaptado de Currán, 1998):

a) como referenciación y construcción simbólica del mundo de los objetos (la dimen-

sión del discurso que se refiere a la realidad exterior, y que se asocia íntimamente a la noción de información); b) como función de inter-referenciación, como construcción social y temporal de las relaciones y los vínculos construidos entre los agentes sociales (suplantando así la noción empirista de interacción social); y por último, c) una dimensión de autorreferencialidad de los propios agentes sociales, como los modos, estilos y términos que emplean las organizaciones y los individuos para presentarse ante los demás y ante el mundo (como los políticos, los deportistas, los artistas y los famosos que se “producen” para construir una imagen pública positiva de sí mismos).

Si la sociedad de la comunicación se presenta como una manifestación pretendidamente libertaria, expresiva y democrática de los procesos sociales en la pos-modernidad, la sociedad de la información es el término para denotar una dualidad de nuestras sociedades, adquiriendo la forma de la nueva base tecnocientífica sobre la que se asientan nuestros sistemas sociales, y el sustento de la sociedad panóptica, de vigilancia propia de nuestra era. La dialéctica interdependiente entre ambas formas sociales aquí puesta de manifiesto, se realiza por medio de las mediaciones del conocimiento, y revela nuevas y novedosas contradicciones en tanto explicaciones del acontecer sociocultural.

El acceso a la igualdad de oportunidades se halla quizá mucho más lejos que nunca, ya que las propias tecnologías de información y comunicación cumplen un

doble rol: por un lado están para servir como mediadoras entre los individuos, como base de sustentación técnica para nuevas formas de organización en red; pero al mismo tiempo van promoviendo los procesos de individuación competitiva al fomentar la fragmentación del mercado y la sociedad. Y esta es una segunda consecuencia indeseable: se crean nuevas formas de exclusión social y digital (exclusión por edad, por poder económico, por educación, por capacidad cognitiva, por acceso limitado a espacios sociales, y por una multiplicación inevitable y acelerada en las formas de la obsolescencia humana producto del novedoso sistema de desecho humano que a cada momento se va implementando más). Si se reconoce esta exclusión, entonces el discurso mítico de la brecha digital como un aspecto natural por ejemplo, termina siendo un discurso maquillado desde el poder para autojustificarse, el que obligatoriamente tendría que ser desenmascarado en nuestra labor docente, al menos.

Surgen nuevas formas de trabajo inmaterial, y por supuesto nuevos actores sociales involucrados: encuestadores, publicistas, comunicadores, investigadores, planificadores, promotores, vendedores, sectores de la educación, y hasta falsos comunicólogos. Es importante aclarar que la información no es solo un proceso social e histórico de construcción de estructuras sociotécnicas, sino también un producto de los procesos de conocimiento. Como producto, queda registrado en la memoria humana, en textos, y en soportes tecnológicos.

Si el conocimiento implica un proceso cognitivo, eminentemente racional, entonces la comunicación corresponde a un proceso expresivo que puede o no incorporar la cognición racional, pero que es mucho más amplio que éste, ya que abarca todas las actividades y prácticas humanas habidas, y que además puede apropiarse de múltiples formas culturales del saber, del sentir, y del conocimiento práctico.

Por último, la comunicación implica la capacidad de cultivar la expresión humana personal. Se trata de la dimensión tanto material como imaginaria, y no siempre consciente que expresa los estados de ánimo, la subjetividad, las actitudes, la capacidad y las modalidades de verbalización, ya sea en términos lingüísticos, en gestos, o tonos de voz, etcétera. Y por su parte la comunicación, implica también la capacidad de auto-referencia subjetiva y personal, el diálogo interior, un trabajo subjetivo de donde pueda surgir la innovación, la solución a un problema, nuevas ideas e imágenes, palabras y estrategias creativas. Menudo reto el que tenemos los docentes de teorías de la comunicación si aspiramos a cumplir mínimamente con tal ordenanza.

Las conclusiones parciales apuntan a comprender a la comunicación y a sus diversas especializaciones, más como un campo de conocimiento transdisciplinario que como una disciplina en sí misma (Pereira, s/f). Un campo en permanente construcción que se ha venido legitimando, afinando en sus metodologías de investigación, y construyendo algunos abordajes teóricos y metodológicos en los procesos de creación

de nuevos conocimientos, se trata de aquella consolidación de los relatos que dicen cómo es que se ha llegado a ser.

Según Raúl Fuentes Navarro (citados en Pereira, s/f), la comunicación debe su impulso a la necesidad de explicar los fenómenos sociales provocados por el desarrollo de los llamados medios masivos, en cuya evolución la tecnología ha tenido un papel determinante, aunque no fundamental. Dicho proceso ha sido mucho más rápido y extenso que el de otros avances socioculturales de nuestros siglos decisivos.

Para el mismo Raúl Fuentes, en conjunto con Enrique Sánchez (citados en Pereira, s/f), en primer lugar la comunicación no tiene ni ha tenido un campo disciplinar propio, sino un dominio de estudio, más o menos común, alrededor de los cuales se ha conformado el campo sociocultural. Y en segundo lugar, que este dominio ha sido, es, y quizá tendrá que seguir siendo, una encrucijada inter y transdisciplinaria dentro de las ciencias sociales y humanas (recuérdese la paráfrasis anterior a García Canclini), lo que hace el reto aún mayor en su definición, en la medida en que exige de cada uno, dependiendo de los objetos específicos de investigación, la capacidad para desarrollar un amplio espectro de capacidades teóricas y metodológicas explicativas de la realidad comunicativa, y no solo terminar por reproducir aquello con lo que nos sentimos cómodos, parte de nuestras manías y mitomanías.

La investigadora brasilera María Immacolata Vasallo de Lopes (citada en Pereira,

s/f) aplica el concepto de campo a la comunicación, aquél concepto acuñado antes por Bourdieu, y sostiene que el campo académico de la comunicación está constituido por un conjunto de instituciones de educación superior destinadas al estudio y a la enseñanza de la comunicación, donde se produce la teoría, la investigación y la formación universitaria de los profesionales de la comunicación. Lo que implica que en ese campo se pueden identificar varios subcampos:

- El científico, implicado en prácticas de producción del conocimiento;
- El de la investigación académica, el que tiene la finalidad de producir conocimiento teórico y aplicado por medio de la construcción de objetos, metodologías y teorías;
- El educativo, que se define por prácticas de reproducción de ese conocimiento, es decir, mediante la enseñanza universitaria de materias relacionadas con la comunicación, como es el caso de las teorías; y
- El profesional, caracterizado por las prácticas de aplicación del conocimiento y que es capaz de promover los vínculos múltiples con el mercado del trabajo.

El concepto de campo, además, tendría que incluir a otros actores como lo son los medios masivos de comunicación, el Estado, y por supuesto las instituciones sociales, y quizá hasta las no gubernamentales también. El campo de la comunicación,

como campo de conocimiento, se viene construyendo en medio de una doble paradoja: de un lado, toda actividad humana tiene algo que ver con la comunicación, sin embargo, la comunicación no debe diluirse conceptualmente hasta el punto de perder toda consistencia y pertinencia explicándolo todo, sin importar el cómo.

Del otro lado, si bien el estudio de la comunicación se apoya en discursos de la lingüística, la semiótica, la sociología, el psicoanálisis, de entre otras muchas manías explicativas, ella no consiste simplemente en un agregado de discursos, ni en la hegemonía de un sólo paradigma sobre los demás. La comunicación se despliega en el universo de lo social, y se patentiza fundamentalmente en la relación intersubjetiva y mediática. De ahí que si la comunicación tenga algo que decir, y lo hace dando cuenta de las actividades (procesos de interrelación, expresión y significación) que permiten a distintos niveles, tanto en una relación intersubjetiva como en los procesos mediatizados o mediáticos, estar siempre en relación permanente con el otro (Martín-Barbero y Silva citados en Pereira, s/f).

Por eso, el eje propio de la comunicación vendría a ser el poder dar cuenta de los procesos de intercambio expresivo y de las mediaciones presentes en dichos procesos que son formulados a manera de objetos de investigación. Y puesto que se trata de fenómenos sociales, allí se ven implicadas lógicas diversas que intervienen sobre diferentes planos y distintos enfoques, para

dar cuenta de la complejidad de situaciones y procesos puestos en juego.

En ese sentido, el desarrollo reciente de los estudios de la comunicación, su constitución como campo académico, la incidencia de la presencia tecnológica en los objetos de estudio, además de las variaciones y cambios culturales, políticos e históricos tenidos, han colocado a la comunicación en un juego no siempre simétrico con respecto a las comprensiones disciplinares con los acontecimientos sociales, ni los caminos de la investigación con las nuevas exigencias de los mercados o de la política. Esta intrincada trama ha llenado de tensiones y de sugerencias los estudios de comunicación (Martín-Barbero y Rey citados en Pereira, s/f), aunque no siempre plasmadas en las ritualizaciones realizadas dentro de los salones de clase por aquellos que imparten (impartimos) lo teórico desde la docencia.

La proliferación actual de disciplinas académicas y no-académicas conducen a un crecimiento exponencial del saber que hace imposible toda mirada global del ser humano; por el contrario, la transdisciplinariedad es complementaria, es multidimensional y multirreferencial. La comunicación está más cercana pues al concepto de campo que de transdisciplinariedad. La transdisciplinariedad concierne lo que simultáneamente se da entre las disciplinas a través de las diferentes disciplinas, y más allá de toda disciplina. Su finalidad es la comprensión del mundo presente, y uno de cuyos imperativos es la unidad del conocimiento (Nicolescu citado en Pereira, s/f). El campo

de la comunicación convoca entonces a múltiples discursos que se van cada vez más hibridando, que van abriendo paso a nuevos modelos que sintetizan posturas, que releen paradigmas, y es importante señalar que las teorías de la comunicación se inscriben en el escenario de la crisis de los grandes relatos, que no es otra cosa que la crisis de la modernidad, como en su momento lo argumentara Lyotard.

El campo de la comunicación afecta y a su vez se ve afectado por las nuevas preguntas que se producen en zonas de fronteras de las disciplinas que lo atraviesan. Es un campo de tejido complejo. Es un campo de conocimiento desde el cual se puede comprender, interpretar e intervenir a múltiples niveles los procesos de interacción y significación a través de la creación, circulación y usos de medios y tecnología, y de formas simbólicas con multiplicidad de perspectivas: social, cultural, ética, política, estética y económica, entre otras (Morín citado en Pereira, s/f). El debate aún no está cerrado y se presenta como un desafío para la legitimación y consolidación del campo académico de la comunicación y para las ciencias sociales en general, tanto en el ámbito de la producción de conocimiento como en el ámbito de formación de profesionales que demanda la sociedad.

La mayoría de los programas académicos profesionales en Comunicación han sido cuidadosos en no reducir su tarea a la enseñanza de oficios y prácticas, en no caer en la trampa exclusiva de la reproducción del mundo laboral en las aulas, de las profesio-

nes y en centrar su labor en la primacía de la razón técnico-instrumental. Esto significa que en las universidades deberíamos buscar que nuestros estudiantes comprendan la época en la que desarrollan y desarrollarán su tarea, que fomenten y realicen investigaciones, así como formar integralmente a sus estudiantes con fundamentos teóricos y éticos capaces como para intervenir en un contexto caracterizado por una amplia crisis ética y política, por la violencia cotidiana, las exclusiones social, política y cultural, la violación sistemática de los derechos humanos y la desinformación generalizada. Se trata de proponer una nueva manera de hacer ciencia, pensar comunicativamente los fenómenos, lo que equivale a estudiar los comportamientos de los fenómenos en cuanto a los complejos intercambios de comunicación.

### **Bocadillos para cerrar boca después del trago amargo: a manera de una conclusión que permita abrir el debate**

Malos tiempos son estos como para intentar una prospectiva (o un ejercicio de adivinación quizá) más o menos certera acerca del futuro inmediato que se nos depara a los enseñantes de comunicación, pero quizá por ello mismo sea aún más necesaria y urgente de llevarla a cabo, de arriesgarse a adivinar. Pues con ella obligaría (nos obligaríamos) a romper la tramposa inmanencia del presente continuo a que nos está condenando la ausencia de utopías, y el consiguiente ensimismamiento de los discursos fáciles y sin compromiso,

exigiendo (exigiéndonos) por tanto, contar con al menos un mínimo horizonte desde el cual comprender los procesos que dotan o despojan de sentido a tales discursos.

Hoy, nunca menos que como antes, lo que pasa en la constitución del campo disciplinario en comunicación puede entenderse o valorarse al margen de las rupturas y recreaciones de lo que significa la sociabilidad: la de los chantajes económicos y las perversiones sociales que disfrazan la apertura, del vaciado de significación que sufre nuestra democracia, de la sintomática centralidad de las comunicaciones en los proyectos de privatización, o de la absorción de la esfera pública por los medios masivos, por tan solo mencionar algunos de los problemas más evidentes y peligrosos para el ámbito de lo sociocultural que se han venido poniendo claramente de manifiesto.

Entretejidas a estos escenarios, se percibe la formación de varias atmósferas culturales cuya mediación matiza tanto el grave pesimismo que carga la visión social de las macro-tendencias, como el ligero optimismo que permea la mirada comunicacional, fascinada por las maravillas tecnológicas, esas TIC's que tal vez tanto daño nos estén haciendo, y no queremos reconocerlo del todo. La primera atmósfera se forma precisamente de la convergencia por esa fascinación tecnológica con el realismo de lo inevitable: la hipóstasis de la eficiencia y la eficacia se traduce en una cultura del software que permite conectar la razón instrumental con la pasión personal.

Todo ello trae consigo una multiplicidad de paradojas densas y desconcertantes como: la convivencia del derroche estético de los centros comerciales con las condiciones insalubres e inhabitables de los barrios bajos, la opulencia comunicacional con el debilitamiento de lo público, la más grande disponibilidad de información con el palpable deterioro de la educación formal, la continua explosión de imágenes con el empobrecimiento de la experiencia, y la multiplicación de signos y significados sobre el déficit de sentido social, de entre otras muchas paradojas que se pudiesen narrar y describir.

La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica disocia la sociedad en sociedades paralelas: la de los conectados a infinita oferta de bienes y saberes, y la de los excluidos cada vez más abiertamente tanto de los bienes como de la capacidad de decidir. Lo que remite a una segunda atmósfera: la cultura de la privatización. Con su dimensión económica –exaltación del mercado a instancia globalizadora y dinamizadora de lo social–; su conversión de la política en intercambio y negociación de intereses; y su legitimación cultural: identificación de la autonomía del sujeto con el ámbito de la privacidad –con el que resguardarse de la masificación–, y la del consumo, con la que construirse un rostro reconocible socialmente.

Tercera atmósfera: el malestar latinoamericano en la modernidad. La desmitificación de las tradiciones y las costumbres desde las que nuestras sociedades elaboraban sus

contextos de confianza desmorona la ética y desdibuja el hábitat cultural. Ahí arraigan algunas de más secretas y enconadas violencias tanto culturales como estructurales. Pues las gentes con cierta facilidad pueden asimilar los instrumentos tecnológicos y las imágenes de modernización (eso es lo ilusorio), pero sólo muy lenta y dolorosamente pueden y podrán recomponer su sistema de valores, de normas éticas, y de virtudes cívicas (aquello que hemos ido perdiendo tan marcada como a pasos agigantados).

El cambio de época está en nuestra sensibilidad, pero a esta crisis de mapas ideológicos se agrega una erosión de los mapas cognitivos. No disponemos de categorías de interpretación capaces de captar el rumbo de las vertiginosas transformaciones que vivimos. Sólo alcanzamos a vislumbrar que en la crisis de los modelos de desarrollo y los estilos de modernización hay un fuerte cuestionamiento de las jerarquías centradas en la razón universal, que al trastornar el orden secuencial libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, permitiéndonos re-combinar las memorias y re-apropiarnos creativamente de esta descentrada modernidad y posmodernidad.

Y entonces regresamos al aspecto de la enseñanza de las teorías de la comunicación, de esos relatos que cuentan cómo es que ha llegado a ser, a constituirse el campo disciplinario que nos ocupa. Así, podemos afirmar de inicio que el carácter profesionalizante de las licenciaturas en comunicación está relegando a un segundo plano la formación teórica y metodoló-

gica de los futuros egresados. Al menos en el ámbito propio, el de nuestro país, el de nuestro lugares de trabajo. En la gran mayoría de planes de estudio, los perfiles de egresados no se refieren a una formación teórica y epistemológica, sino que se centran mayoritariamente en la formación profesionalizante, la práctica y la parte aplicada de la comunicación. Sin sospechar siquiera que esto último pueda ser del todo negativo por si mismo, más bien resulta conveniente considerar que esta ausencia de formación teórica en los estudiantes de comunicación conlleva a ver todavía más compleja y enrarecida la consolidación del campo de conocimiento propio de la comunicación.

El ya citado Raúl Fuentes Navarro (Pereyra, s/f), concibe tres modelos de enseñanza en la historia de las carreras de comunicación en México. Sin embargo, ninguno de ellos ha logrado la consistencia suficiente como para legitimarse ni profesional ni universitariamente; y de hecho, los planes de estudio han respondido mucho más a una yuxtaposición con énfasis diversos según las instituciones, pero sin proponer ninguna articulación cognoscitiva o social.

El primero de estos modelos es el de la formación de periodistas que surge en los años cincuenta, el más antiguo y el más fuertemente arraigado en las escuelas. Tiene como objetivo principal preparar profesionales para insertarse en el campo de las industrias mediáticas, y de manera específica en la prensa. La perspectiva es en ese sentido 'instrumental', por lo que

la comunicación ha sido vista como difusión, y su énfasis se encuentra puesto en la producción de mensajes.

El segundo modelo surge con la primera etapa de la popularización de las carreras de comunicación, a principios de los años de la década de los sesenta. Fuentes Navarro lo llama el modelo del comunicador como un intelectual; desde una perspectiva humanista, el modelo subordina la habilitación técnica a la cultura "encarnada" en sujetos capaces de impulsar, a través de los medios, la transformación de la dinámica sociocultural conforme a marcos axiológicos definidos, y enfatiza sobre todo un manejo competente y responsable de los contenidos de los medios.

El tercer modelo, el del comunicador como científico social, se deslinda claramente de la formación instrumental y pone el énfasis en la construcción de totalidades desde una perspectiva crítica. Su preocupación es mucho más estructural, pero a diferencia del modelo anterior, éste se centra en la sociología y la política, las que funcionan como disciplinas articuladoras, las cuales orientan el ejercicio y sentido en la formación de este especialista destinado a sumarse y aportar desde sus saberes específicos los insumos necesarios para enfrentar esas luchas de liberación y emancipación política que se gestan en gran parte del hemisferio.

Pensar la relación entre técnica y política en y desde Latinoamérica, sostiene Jesús Martín Barbero (citado en Pereira, s/f), resulta ser una desafiante visión de

la globalización pensada a la vez tanto como perversidad y como posibilidad, esa paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto al pensamiento como a la acción capaz de transformar su curso. De un lado, la globalización fabula el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta, profundiza las diferencias locales desuniéndolas cada día más y más. De ahí la perversidad sistémica, que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo vuelto ya en un mal crónico, de esas enfermedades que como el sida, se tornan pandemia devastadora en los continentes empobrecidos, y no los más pobres, sino de los más saqueados.

Pero la globalización representa también un conjunto extraordinario de posibilidades, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos, entre los que sobresalen dos: uno, la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy -aunque con grandes diferencias y asimetrías- en todos los continentes, una mezcla posible sólo en la medida en que emergen con mucha fuerza cosmovisiones otras que ponen en crisis la

hegemonía del racionalismo occidental; y el otro, unas nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos posibilitándoles una verdadera “revancha sociocultural”, esto significa la construcción de una contrahegemonía a lo largo y ancho de todo el mundo.

Ese conjunto de posibilidades abren por primera vez, para la historia de la humanidad, una “universalidad empírica” y de ahí entonces también que se abra el camino hacia una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa debe pasar obligatoriamente por una “mutación académica”, un nuevo tipo de utopía capaz de asumir la envergadura de los numerosos desafíos. De entre ellos, sobresalen la existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo. Segundo, el atraviesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas, llevándonos por la brecha de una influencia puntual a una conexión e influencia transversal, situación que seguramente afectará directa o indirectamente al conjunto de cada país.

El nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la “competitividad exponencial” entre empresas e instituciones tanto públicas como privadas de todo el mundo, exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización. Es aquí en donde los docentes de las teorías de la comunicación debemos de actuar e interactuar, buscando recomponer el motor y dar marcha atrás, recuperar el verdadero sentido de haber insertado en los diseños curriculares lo que se ha dado en llamar las materias de teorías de la comunicación; ese conjunto de saberes, conocimientos, explicaciones que no solamente resultan fundamentales para seguir construyendo nuestro campo disciplinario, sino además procurar que realmente se alcance una formación del futuro egresado comprometido con su realidad, con su entorno, con su exigencia sociocultural de producir mensajes que verdaderamente despierten la acción social para el cambio: un reto mayúsculo al que nos confronta nuestra actividad para el futuro inmediato. La apuesta es que contamos con los recursos necesarios para enfrentar tal estado de cosas, lo importante radica en ser suficientemente creativos y que aquello que pregonamos, sea realmente lo que ejecutamos.

## Referencias

- Anderson, P. (1985): Teoría, política e historia. México.
- Baudrillard, J. (1978): A la sombra de las mayorías silenciosas. Barcelona: Kairos.
- Baudrillard, J. (1984): Las estrategias fatales. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (1985): El éxtasis de la comunicación en la postmodernidad. Barcelona. Kairos.
- Benjamin, W. (1969): *Lauteur comme producreur*, en *essais sur Bertolt Brecht*. París: Maspero.
- Browne Sartori, R. (2005): Las indisciplinas de la comunicación. Epistemologías en crisis. En *Comunicación*, No. 3. Chile.
- Cepal: [www.cepal.cl/publicaciones/desarrolloproductivo/1/lcg2195rev1p/lcg2195e2.pdf](http://www.cepal.cl/publicaciones/desarrolloproductivo/1/lcg2195rev1p/lcg2195e2.pdf) y recuperado en agosto del 2012.
- Cuesta Ávila, R. (2003): *Tiempos modernos. Mitos y manías de la modernidad*. Alicante, España. Editorial Club Universitario.
- Curran, J., Gurevitch, M., Woollacott, j. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Curran, J., Morely, D. y Walkerdine, V. (1998): *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Echeverría, J. (1999): *Los señores de aire y el tercer entorno*. Barcelona: Destino.
- Eco, U. (1981): *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Elliot, Ph. (1981): Organización de los medios y ocupaciones profesionales, en Curran, J., Gurevitch, M., Woollacott, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fabri, P. (1973): *Le comunicazioni di massa in italia: sguardo semiotico e malo-chio de la sociologia*, *Versus*, n° 5, Milán.
- Golding, p. y Ferguson, M. (1998): *Economía política y estudios culturales*. Barcelona: Bosch.
- Hall, S. (1981): La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico, en Curran, J., Gurevitch, M., Woollacott, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, S. (1984): *Estudios culturales: dos paradigmas*, *Hueso húmero*, n° 19, Lima.
- Hall, S. (2003): *Da diápora. Identidades e mediacoes culturais*. Belo horizonte: Ufmg.
- Jakobson, R. (1963): *Linguistique et theorie de la communication*, en *essais de linguistique générale*. París.
- Leroi-gourhan, A. (1989): *El medio y la técnica*. Madrid: Taurus.
- Lotman, J. (1979): *El mecanismo semiótico de la cultura*. Madrid: Cátedra.
- Lyotard, J.F. (2000). *La condición postmoderna*. Madrid: Rei.
- Martín Serrano, M. (1974): Nuevos métodos para la investigación de la estructura y la dinámica de la enculturación, *Revista española de la opinión pública*, n° 37, Madrid.



- Martín Serrano, M. (1977): *La mediación social*. Madrid: Akal.
- Martín Serrano, M. (1978): *Conjunto de trabajos recogidos en la revista española de investigaciones sociológicas*, n° 3, Madrid.
- Martín Serrano, M. (1981): *Dialéctica acción-comunicación*. Madrid: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- Martín Serrano, M., Piñuel, J.L., Gracia, J. y Arias, M.A. (1982): *Teoría de la comunicación*. Vol. i. *Epistemología y análisis de la referencia*. Madrid.
- Martín-Barbero, J. (1987): *La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana*, *Dia-logos*, n° 1, Lima.
- Martín Serrano, M. (1986): *La producción social de comunicación*. Madrid: Alianza.
- Martín-Barbero, J.: *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili. México.
- Mattelart, A. y Stourdzé, I. (1982): *Technologie, culture & communication*. París.
- Mattelart, A. (1983): *La culture contre la démocratie*. París.
- Mattelart, A. (1986): *Penser les médias*. París.
- Murdock, G. y Golding, P. (1981): *Capitalismo, comunicaciones y relaciones de clase*, en Curran, J., Gurevitch, M., Woollacott, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Murdock, G. (1983): *Las transmisiones y la diversidad cultural*, en Riche-ri, G. (ed.): *La televisión entre servicio público y negocio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Murdock, G. y Golding, P. (1985a): *Ideología y medios masivos: la cuestión de la determinación*, *Los cuadernos del Ticom*, n° 33.
- Murdock, G. y Golding, P. (1985b): *Teorías de comunicación y teorías de la sociedad*, *Los cuadernos del Ticom*, n° 33.
- Nora, S. y Minc, A. (1981): *La informatización de la sociedad*. México: F.C.E.
- Pereira, J. M. (2005): *La comunicación: un campo de conocimiento en construcción*. <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/268/26813209.pdf> y recuperado en octubre de 2012.
- Rositi, F. (1980): *Historia y teoría de la cultura de masas*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Santos, M. (2004): *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: Cab.
- Sánchez Zuluaga, U. H. <http://comunicacionycultura.espacioblog.com/categoria/teorias-y-modelos-comunicacion/2> y recuperado en octubre de 2012.
- Shannon, C.E. y Weaver, W. (1981): *Teoría matemática de la comunicación*. Madrid: Forja.
- Sloterdijk, P. (2000): *El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica*: [www.petersloterdijk.net/international/texts/es\\_texts01.html](http://www.petersloterdijk.net/international/texts/es_texts01.html) y recuperado en agosto de 2012.
- Touraine, F. (1969): *La société post-industrielle*. París: Denoel.
- Verón, E. (1978): *Semiosis de l'ideologie et du pouvoir*, *Communications*, n° 28, París.
- Villafañe, J., Bustamante, E. y Prado, E. (1987): *Fabricar noticias: las rutinas productivas en radio y televisión*. Barcelona:

Mitre.

Williams, R. (1976): *Culture and society: 1780-1950*. Londres.

Williams, R. (1980a): *The long revolution*. Londres.

Williams, R. (1980b): *Teoría cultural, en marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Williams, R. (1982): *Las comunicaciones como ciencia cultural*, en *Examen de la cultura popular*. México: F.C.E.

Williams, R. (1983): *Cultura: sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

Wolf, M., Casetti, F. y Lumbelli, L. (1980 y 1983): *Indagine su alcune regole di genere televisivo, Ricerche sulla comunicazione*, n° 2 y 3, Milán.

Wolf, M., Prat, J., Rizza, N. y Violi, P. (1983): *La ripresa diretta*. Roma: Rai,

Wolf, M. (1985): *Teorie delle comunicazioni de massa*. Milán.